

Posteridad

Mucho es lo que me esfuerzo y me desvelo
por conseguir el verso perdurable,
el verso agudo como agudo sable
que sea digno de ganar el cielo.

Pero el infierno, que está a ras del suelo,
con obstinada recurrencia amable,
hace que a diario ceda yo en mi celo
y firme el verso cojo y lamentable.

Y por mejor dormir dejo mi anhelo
en manos del placer que más le hable
y ronco como el cerdo de mi abuelo

roncaba con ronquido inacabable.
- No hay cielo más celeste que este cielo
- decía al despertar, gordo, en el suelo.

Juan Domingo Argüelles. Nació en Chetumal, Quintana Roo. Crítico literario, periodista cultural, editor, poeta; libros de poesía recientes: *Como el mar que regresa* (1990), *Canciones de la luz y la tiniebla* (1991).

Este número aparece gracias al apoyo de anónimos y viejos
simpatizantes de la tribu tunAstral

Carta Literaria de la Tribu

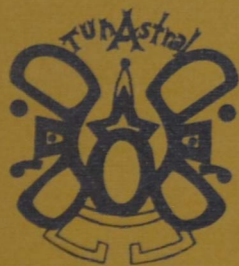
tunAstral

Número 12. 26 de julio de 1993

Editor: Roberto Fernández Iglesias

Dirección: Calle Porfirio Díaz 216.
Col. Universidad.
Toluca, México. C.P. 50130.
MEXICO

Teléfonos: (72) 19 54 36 y (72) 19 54 28
Se solicita amistad, canje, correspondencia.
Se responde por colaboraciones no solicitadas.



Cafés Literarios tunAstral

todos los lunes 20 horas

Agosto de 1993

- | | | |
|-----|------------------------------|-------------|
| 2. | Jorge García Robles | (narrativa) |
| 9. | <i>Así como la ves</i> | (teatro) |
| 16. | Efrén Chávez Cruz | (poesía) |
| 23. | <i>Rayuela: treinta años</i> | (homenaje) |
| 30. | Jorge Mo | (miedo) |

Restaurante Biarritz
5 de Febrero esquina Nigromante
Toluca, México

tunAstral

carta literaria de la tribu

Fábulas sin animales

Juan Domingo Argüelles

Antihomenaje

No hubo ninguna noche sin soneto
en toda su existencia desvelada.
Fue lo que se propuso como un reto
antes que se perdiera entre la nada.

Lo que versificó no vale nada
y aunque midió y contó cada soneto
vivió su vida en prosa, condenada
a cuidar cada día su respeto.

Fue su triunfo pletórico y completo
que una calle por nadie transitada
reproduzca en sus muros un soneto

que él escribió por comisión pagada.
Ya el tiempo lo corroe por completo.
Ya vuelve a ser del tiempo, otra vez, nada.

12

La poesía

- ¡La poesía es verbo! - clamaba el profesor -.
- ¡Gramática precisa! Analicemos la segunda estrofa.
- Y todos, a su voz, buscaban el adverbio y enumeraban nombre y complemento.
- ¡La poesía es arte de retórica!
- retumbaba la voz del profesor.
- Y se inclinaban todos sobre sus libros y hallaban el oxímoron y el quiasmo.
- No hay misterio posible ante el análisis
- decía, sonriente, el seguro señor.
- Jamás su mano tembló mientras leía, ni resplandor ni sombra hubo en su rostro.
- Todo lo que leía eran palabras que el poeta escribió para ser *explicadas*.
- Sacaba el bisturí y con corte preciso las abría, y ante los ojos de la clientela mostraba las entrañas:
- Ésta es la aposición, éste el sinónimo, ésta de más acá llámase elipsis, construcción nominal tiene este verso, y éste correspondencia y disonancia.
- El profesor creía que entendía el misterio, mas nunca se quebró su voz cuando leía; su voz de profesor monótona y sin brillo al repetir las tantas lecturas del manual.
- El poeta escribía para los profesores, para que estos hicieran sus tesis con rigor, para que transmitieran las yuxtaposiciones, la omisión del artículo, la circunlocución, el eufemismo.
- Ya lo preguntaría en los exámenes:
- Analicen *Pegaso*, de Darío; encuentren dónde está la expresión de la idea, dónde la sinestesia, dónde la elipsis y qué prosopopeya usa el poeta.
- Y ya con las lecciones todo el mundo asentía y aprobaba el examen y olvidaba a Darío.
- El profesor un día se cayó de la silla, fatigado de tantos años de magisterio.
- Uno de sus discípulos reanudó la tarea:
- ¡La poesía es verbo! ¡Gramática precisa! Así exclamba el Discípulo mientras nuevos discípulos engordaban sus cuadernos con tan sabios conceptos.

Los demasiados libros

Homenaje a Gabriel Zaid

En vano construí este mausoleo de demasiados libros insufribles. Son pocos los que toco y los que leo; muy pocos los en suma apetecibles.

Reuní libro tras libro con codicia hasta que las paredes se cubrieron con la culta intención de la avaricia de los locos y cuerdos que escribieron.

Unos cuantos, no más, llenan mi alma y caben en mis manos sin esfuerzo. Unos pocos, no más, me dan la calma y me conceden la existencia en verso.

Los demás son materia de la usura, simple acumulación que año con año mezcló lo mismo el oro y la basura en un arte más torpe que tacaño.

Si pudiera volver a aquel pasado cuando los libros eran mi pobreza, pondría en mi existencia más cuidado y en las paredes algo de limpieza.

Libre sería el aire en esta estancia, blanca la soledad entre los muros, y leería los libros sin más ansia que el saborear los frutos ya maduros.

Pero el lugar común ya nos advierte que no vuelve la vida ya vivida; lo que fue ya no es vida sino muerte, desilusión de la actitud vencida.

Pasado el desencanto volveremos al pasatiempo diario del avaro: palpar el libro aquel que ya no vemos y otro más adquirir porque es muy raro.

Cuando por fin perdamos los sentidos y no tengamos ya ni la memoria, los libros pasarán a ser olvidos y así terminará toda esta historia.

Moraleja

Los demasiados libros, olvidados, serán la herencia de un analfabeto, que habrá de comerciarlos, regalados, sin reverencia alguna ni respeto.